

LA TEOLOGIA DE LA LIBERACION OPORTUNA, UTIL Y NECESARIA

MENSAJE DEL PAPA
A LOS OBISPOS DEL BRASIL

El significado de la Instrucción del Vaticano que comentamos en el editorial se esclarece con la carta posterior que el Papa envió a los obispos brasileños reunidos en Itací. La ofrecemos en este número a los lectores de SIC porque creemos que se trata de un documento de trascendencia histórica ya que abre una nueva fase en las relaciones entre las Iglesias latinoamericanas y la Iglesia de Roma.

Como se sabe durante los siglos coloniales casi no hubo relación directa entre la cristiandad latinoamericana y el Papa. En la época republicana se anudaron los lazos en el marco de la disputa por el Patronato. Las alternancias de esta confrontación llevaron a que la estabilización de estas relaciones en un marco satisfactorio se demorara como un siglo. Tanto por las circunstancias de las Iglesias de América Latina como por el sentir vaticano esas relaciones, necesarias y beneficiosas, se desarrollaron dentro de un esquema de subordinación y mimetismo, de romanización, que unificó a la institución eclesial latinoamericana pero que le restó creatividad. Sin embargo el cauce dio oportunidad para el crecimiento. En Medellín (1968) se llegó a la auténtica genuinidad en la aplicación del Concilio que equivalió así a su latinoamericanización. Esta labor se prosiguió en Puebla (1979). Entre los episcopados latinoamericanos el brasileño (el más numeroso del mundo) se ha caracterizado por su audacia y creatividad hasta el punto de constituir el representante más abierto y consecuente de la Teología de la Liberación y su defensor en las horas difíciles. Pues bien, en este mensaje el Papa reconoce la mayoría de edad de esta Iglesia hermana y por eso le encarga una misión, no sólo para su propio país sino para toda América Latina y aun para el conjunto de los países del Tercer Mundo. La misión es nada menos que velar porque se desarrolle la TL, calificada por el Papa como "no sólo oportuna sino útil y necesaria".

Los obispos brasileños no esperaban esta carta. La escucharon en medio de una alegría creciente que se desbordaba en llanto y, al concluir su lectura, conscientes de su contenido histórico, prorrumpieron en himnos espirituales. No había sido nada fácil su comunicación con la curia vaticana; por el contrario se sentían no sólo incomprensidos sino bajo sospecha y crítica sistemáticas. Por eso este mensaje tan alabancioso y que expresamente enfatiza "con qué sentimientos de sincero aprecio y fraternidad fue escrito" constituyó para los obispos, tan, curtidos en sus duras faenas, un rocío bienhechor, una bendición del cielo. Naturalmente que la Curia no ha cambiado y las dificultades no se disiparán. Pero sí ha cambiado el Papa y es un hecho confortante.

El mensaje no sólo emociona por su contenido. También lo sentimos cercano por el método. Parte de la experien-

cia, concretamente en este caso de la larga experiencia de colegialidad y comunión a través de una excepcional visita ad limina desarrollada a lo largo de catorce intensos meses. A través de ese diálogo en profundidad el Papa conoció mejor a la Iglesia de Brasil y a sus obispos. De ahí brotó en el Papa el convencimiento de que ese pueblo creyente y oprimido es "la gran fuerza de la Iglesia" y de que "ustedes y sus colaboradores natos en el servicio pastoral, dan a los ojos de la Iglesia universal y del mundo, el testimonio de ser Pastores extraordinariamente próximos a su gente, solidarios". Desde esta solidaridad netamente evangélica, alaba el Papa el que, entre los dos Brasiles separados por un abismo, "la Iglesia guiada por Ustedes, Obispos del Brasil, da muestra de estar con ese pueblo, especialmente con los pobres (...) porque ella no duda en defender con valentía la justa y noble causa de los derechos humanos y de apoyar audaces reformas". A causa de esta práctica pastoral, encomienda el Papa a los obispos del Brasil la misión de velar porque se desarrolle la TL. Ellos tienen el criterio para juzgar de su validez: su práctica pastoral. Ya que la TL no es otra cosa que el intento de responder a esa situación de opresión desde el pueblo creyente y oprimido, leyendo desde ahí el Evangelio y la Tradición en el sentido dialéctico de que el Evangelio interpele con su luz soberana a los que están comprometidos en la praxis liberadora y de que el Evangelio sea interpretado desde esa praxis como su lugar privilegiado.

El método, pues, del mensaje es el mismo que el de la TL: parte de una práctica pastoral precisa (que supone por tanto fe fundante, eclesialidad y Espíritu) y desde ella (como comprensión adecuada, como juicio y proyecto) elabora poco a poco una teoría.

Pero hay más aún, el Papa subraya la novedad de esta teología: "Ella debe constituir una nueva etapa" en la historia de la teología que, arrancando de los Padres Apostólicos, había llegado hasta la doctrina social de la Iglesia. Por eso, habiendo subrayado el rango de su novedad (que como se ve desborda completamente la de una simple escuela o corriente) el Papa insiste con razón que en esta tarea tan delicada hay que salvaguardar aspectos fundamentales, entre los que subraya la primacía de lo soteriológico sobre lo ético-social de modo que quede patente el misterio liberador de la Pascua de Cristo. Porque la novedad de la TL no puede ser entendida católicamente sino como componible u homogénea con la Tradición viva de la Iglesia. Es precisamente en este ámbito (de lo que no hay que olvidar para que la TL surja en continuidad con lo anterior) donde el Papa menciona a las dos Instrucciones sobre la TL. Serían aspectos que no podemos omitir para que nuestra novedad se desarrolle dentro de la Iglesia.

Creemos que esta carta sella la disputa sobre la TL como globalidad. La Iglesia de Antioquía ha sido reconocida por la de Jerusalén. Quedan abiertas las necesarias discusiones de cada punto en particular. Un triunfo del Espíritu que debe

ser custodiado por nuestra fidelidad. Una mayoría de edad que debe tener como criterio lo que construye (1 Cor 10,23). Estamos ante la Carta Magna no sólo de la Iglesia brasileña sino de la TL.

Señores Cardenales y queridos Hermanos en el episcopado:
¡Pax vobis, alleluia! (1)

AL TERMINAR LOS ENCUENTROS

1. Con esta sencilla y sugestiva salutación, familiar a Jesús Resucitado (Cf. Jo 20, 19.21 y 26; Luc 24,16), y con el augurio en ella contenido, quiero abrir este mensaje dirigido a Uds. y, por su intermedio, a toda la Iglesia en el Brasil.

Después de los encuentros individuales y colectivos con todos, y después del Encuentro de un grupo representativo del Episcopado conmigo y con mis colaboradores de la Curia Romana, esta afirmación de presencia quiere ser la tercera etapa y la coronación de la Visita "ad limina", (2) acontecimiento eclesial que, durante 14 meses, marcó la vida del Episcopado y de la Iglesia en el Brasil. Por la manera en que fue realizada, por iniciativa común de Uds. y mía, esta visita "ad limina" fue un ejercicio altamente expresivo de auténtica colegialidad afectiva y efectiva, armoniosamente conjugada con el ejercicio correlativo del ministerium Petri (3). La caridad fraterna que en ella reinó, unida a la búsqueda incesante de la verdad, inspiró un diálogo no superficial, sino profundo y coherente, diálogo que quiso ser, todo el tiempo, instrumento de aquella comunión que, desde los principios de la Iglesia y a lo largo de toda su historia, pero de un modo especial en los documentos del Concilio Ecuménico Vaticano II aparece como elemento esencial en la misma Iglesia de Jesucristo.

Ciertamente útil para cada uno de Uds. y para la Conferencia Episcopal que juntos constituyen, la Visita "ad limina" así realizada fue y continuará siendo un inestimable servicio a la Iglesia en el Brasil y, por extensión, a las demás Iglesias y a la Iglesia Universal; un servicio, aunque indirecto, a la sociedad brasileña y, por extensión, a toda la familia humana.

LA MISION DE LA IGLESIA

2. Sería superfluo subrayar que, por sus destinatarios, por el contexto en que se inscribe y por su temática, este mensaje tiene un sello marcadamente eclesial: él termina un acto eclesial, como es la Visita "ad limina"; se dirige a hombres consagrados a la Iglesia como sus ministros y Pastores; y tocará puntos de considerable interés para la vida y misión de la misma Iglesia.

Parte, por lo tanto, de una precisa percepción eclesiológica —la del Concilio Vaticano II— y, ya por esta razón, responde a necesidades y anhelos claramente sentidos. Pues ¿no fueron Uds. mismos quienes, en las diferentes etapas de la Visita "ad limina", pusieron fuerte énfasis en la eclesiología, afirmando explícitamente que en el fondo de los problemas más serios que enfrentan como Obispos, está una cuestión eclesiológica y que la solución de los mismos problemas pasa necesariamente por una justa y bien fundada concepción de Iglesia?

Consciente de esto, me sentí en el deber de acentuar, en todos nuestros encuentros, las líneas fundamentales de la verdadera Iglesia de Jesucristo, líneas afirmadas con la nece-

saria claridad por el Magisterio ordinario y extraordinario de la misma Iglesia —particularmente por los documentos del Vaticano II— y por el "sensus fidelium" (4).

La Iglesia es, por encima de todo, un misterio —ésta es la primera línea—, respuesta a un designio amoroso y salvífico del Padre, prolongación de la misión del Verbo Encarnado, fruto de la acción creadora del Espíritu Santo. Por eso no puede ser definida e interpretada a partir de categorías puramente racionales (socio-políticas u otras), productos de un saber meramente humano. Forma parte de su misterio el ser: santa, aunque formada por pecadores; peregrina, contemplativa en la acción y activa en la contemplación; escatológica, primicias del Reino aunque no en su plenitud y consumación; mutable en las cosas accidentales e inmutable en su ser y en su misión.

Tal misión —y es la segunda línea a destacar— es la de evangelizar, esto es de ofrecer al mundo el misterio de Salvación, mediante el dialogus salutis (5) instaurado con él (cf. Encíclica Ecclesiam Suam, del Papa Pablo VI). Esencialmente religioso, porque nace de una iniciativa de Dios y concluye en el Absoluto de Dios, el ministerium salutis (6) es al mismo tiempo servicio al hombre —persona y sociedad—, a sus necesidades espirituales y temporales, a sus derechos fundamentales, a su convivencia humana y civil.

Por eso mismo es parte de la misión de la Iglesia preocuparse, de cierta manera, de las cuestiones que envuelven al hombre desde la cuna hasta la sepultura, como son las sociales y socio-políticas. Condiciones para acertar en el ejercicio de esta parte delicada de su misión evangelizadora, son, entre otras: una clara distinción entre lo que es función propia de los seglares, comprometidos por específica vocación y carisma en las tareas temporales, y lo que es función de los Pastores, formadores de los seglares para sus tareas; la conciencia de que no corresponde a la Iglesia en cuanto tal indicar soluciones técnicas para los problemas temporales, sino iluminar la búsqueda de esas soluciones a la luz de la fe; una praxis en el campo socio-político debe mantenerse en indefectible coherencia con la enseñanza constante del Magisterio.

FRENTE A LOS DESAFIOS

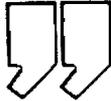
3. En este sentido, la Iglesia se encuentra, en el Brasil como en otras regiones, sobre todo en América Latina, frente a formidables desafíos. Ella tiene conciencia de sus limitaciones y carencias para enfrentarlos; pero no cesa de creer que, para eso, cuenta con la asistencia del Espíritu del Padre y de Jesucristo. Razón por la que no pierde jamás la Esperanza teologal.

Algunos de estos desafíos son de orden eclesial y de varios de ellos traté, con la más fraterna confianza, en mis alocuciones a los diversos grupos de Uds. venidos "ad limina Apostolorum", alentándoles a no perderlos de vista y a buscar con decisión y paciencia, las posibles soluciones. Me refiero a la escasez de sacerdotes, religiosos y agentes pastorales, a la adecuada formación de los futuros ministros ordenados, a la amenaza a la fe por parte de sectas fundamentalistas o no-

La Iglesia se encuentra, en el Brasil como en otras regiones, sobre todo en América Latina, frente a formidables desafíos. Ella tiene conciencia de sus limitaciones y carencias para enfrentarlos; pero no cesa de creer que, para eso, cuenta con la asistencia del Espíritu del Padre y de Jesucristo. Razón por la que no pierde jamás la Esperanza teologal.



Uds. y sus colaboradores natos en el servicio pastoral, dan a los ojos de la Iglesia universal y del mundo, el testimonio de ser Pastores extraordinariamente próximos a su gente.



cristianas, a la catequesis, a los problemas que se ciernen sobre la familia y la juventud, al peligro de las eclesiologías alejadas de la que enseña el Concilio Vaticano II, etc. Vuelvo a alentarlos, queridos Hermanos Obispos, con renovada confianza, apoyado en algunas convicciones ya antiguas en mi corazón, reforzadas ahora por la misma "Visita ad limina":

— convicción de que ese pueblo confiado por Dios al cuidado pastoral de Uds. está lleno de una auténtica hambre y sed de Dios, de Su palabra, de sus misterios sacramentales, de las verdades esenciales de la fe, realidades que él expresa, a su modo, en su piedad popular; ni falta a su espíritu visceralmente cristiano y católico un profundo sentido del misterio de la Cruz, una gran devoción a la Eucaristía, un gran amor filial a la Madre de Jesús, un sentimiento de reverencia para con el Sucesor de Pedro, cualquiera sea su persona o su nombre; todo esto es, como no me cansé de observar a lo largo de mi peregrinación por ese País, la gran fuerza de la Iglesia y fuente de aliento para los que la gobiernan como pastores; esta fuerza será aún mayor, si esas riquezas van siendo continuamente consolidadas por una Liturgia viva y bien ordenada, por una práctica sacramental bien orientada, por una cuidadosa catequesis, por una inmensa atención a las vocaciones, que ciertamente han de surgir;

— la convicción de que, a pesar de las mencionadas carencias, este pueblo conserva, por la gracia de Dios, las semillas de Evangelio, arrojadas desde los albores de la evangelización por entregados y arriesgados misioneros; la obra de estos apóstoles no se eclipsa ni siquiera en el momento en el que la Iglesia en este país prosigue en el afán de tener su fisonomía propia; de contar con sus propios recursos y hasta de extender la mano a Iglesias más necesitadas;

— convicción de que Uds. y sus colaboradores natos en el servicio pastoral, dan a los ojos de la Iglesia universal y del mundo, el testimonio de ser Pastores extraordinariamente próximos a su gente, solidarios en la alegría y en el dolor, prontos a educar en la fe y a perfeccionar su vida cristiana, así como a socorrerlos en sus necesidades y a compartir sus aflicciones y esfuerzos, a infundir esperanza.

En este terreno, es más que justo expresar gratitud sincera a innumerables Obispos y sacerdotes, religiosos y religiosas, personas consagradas y seglares comprometidos que, en toda la historia de esta Iglesia —pero me refiero de un modo especial a los tiempos más recientes— dieron pruebas de admirable celo apostólico, de abnegación y espíritu de sacrificio, de amor extremado a su gente, de incomparable capacidad de servir desinteresadamente. Que sigan siendo muchos y que aumenten todavía esos ministros según el Corazón de Cristo Sacerdote y Buen Pastor y esos colaboradores, es la gracia mayor que Dios puede conceder a una Iglesia. Y que, para

eso, se perfeccione constantemente la formación permanente de los ministros ordenados; la cuidadosa preparación, en los seminarios, de los candidatos al presbiterado; el aprendizaje de los diáconos permanentes; la formación de los jóvenes candidatos y candidatas a la vida consagrada a la luz de la visión propuesta por la Iglesia; la formación humana, espiritual y apostólica de los seglares dispuestos a servir al Evangelio.

Otros desafíos son de naturaleza cultural, socio-política o económica y se revelan particularmente interpellantes y estimulantes en el momento histórico que el País está viviendo. Es, globalmente hablando, el desafío del contraste entre dos Brasiles: uno, altamente desarrollado, pujante, lanzado rumbo al progreso y a la opulencia: otro que se refleja en desmesuradas zonas de pobreza, de enfermedad, de analfabetismo, de marginalización. Ahora bien, este contraste castiga con sus tremendos desequilibrios y desigualdades a las grandes masas populares condenadas a toda clase de miserias.

Problemas graves como éstos no pueden ser extraños a la Iglesia, al menos por los aspectos éticos que ellos acarrearán, como causa o como efecto de las situaciones materiales. Pero, también en este terreno, la Iglesia guiada por Uds., Obispos del Brasil, da muestra de estar con ese pueblo, especialmente con los pobres y los que sufren, con los pequeños y los abandonados, a quienes ella consagra un amor, no exclusivo ni excluyente, sino preferencial. Porque ella no duda en defender con valentía la justa y noble causa de los derechos humanos y de apoyar audaces reformas, en el orden mejor distribución de los bienes, incluso de la tierra, en el orden de la educación, la salud, la habitación, etc., ella goza de la estima y de la confianza de amplios sectores de la sociedad brasileña.

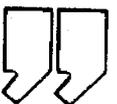
Bien conscientes de que no pueden abdicar de su específica misión episcopal para asumir tareas temporales, Uds. lamentan, por otra parte, la inquietante escasez de seglares debidamente preparados para asumir estos últimos desafíos. Pero sé que puedo mantener viva la llama que tuve ocasión de repetir a lo largo de la Visita "ad limina", para que una prioridad importante e ineludible en su acción sea la de formar seglares, tanto entre los "constructores de la sociedad pluralista" (Cf. Documento de Puebla, IV parte, capítulo III), como entre las masas populares, como en los ambientes obreros y campesinos, como entre los jóvenes, siempre teniendo ante la vista su presencia activa en las tareas temporales. Formar seglares significa ayudarles en la adquisición de verdadera competencia y habilidad en el campo en el que deben actuar; pero significa, sobre todo, educarlos en la fe y en el conocimiento de la doctrina de la Iglesia en ese mismo campo.

LA TAREA DEL OBISPO

4. Es en el contexto de esa realidad humana y eclesial, con sus desafíos, donde Uds. son llamados a ser Pastores en el Brasil, hoy. Tarea inmensa. Tarea provocadora y fascinante. Tarea posible con la ayuda de Dios.

Inspirándome en las ricas y fecundas enseñanzas del Concilio Vaticano II, más de una vez procuré definir esa tarea. Lo hice, de una manera especial, en el discurso que les dirigí en Fortaleza, en el momento culminante de mi inolvidable viaje al Brasil. Quise hacerlo también, en momentos sucesivos, en los nueve discursos dirigidos a los grupos regionales que vinieron a la Visita "ad limina".

Estamos convencidos, nosotros y Uds. de que la Teología de la Liberación es no sólo oportuna sino útil y necesaria. Ella debe constituir una nueva etapa —en estrecha conexión con las anteriores— de aquella reflexión teológica iniciada con la Tradición apostólica y continuada con los grandes Padres y Doctores, con el Magisterio ordinario y extraordinario y, en la época más reciente, con el rico patrimonio de la Doctrina Social de la Iglesia, expresada en los documentos que van desde la *Rerum Novarum* hasta la *Laborem Exercens*.



En esa tarea —que deriva de un misterioso llamado de Dios, responde a una misión dada por Dios y se apoya sobre la gracia de Dios conferida por el sacramento del Orden— no pueden faltar, debidamente aplicados a las condiciones concretas de la realidad humana y eclesial brasileña, algunos aspectos esenciales.

Dios nuestro Padre y Jesucristo nuestro Señor esperan, espera la Iglesia en el Brasil con sus presbíteros, sus religiosos y religiosas y personas consagradas, y sus seglares de todas las condiciones, espera, en cierta medida todo el pueblo brasileño, que cada uno de sus Obispos sea:

— convencido y convincente proclamador de la Palabra de Dios y, por eso mismo, educador en la fe, siervo y maestro de la Verdad revelada, especialmente de la verdad sobre Cristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre;

— edificador de la Comunidad eclesial y al mismo tiempo signo y principio visible de la continuada comunión que debe ser el alma de esa Comunidad, sobre todo en medio de fermentos de división y peligros de ruptura, conflictos y amenazas de desgarramientos;

— ejemplo de verdadera unidad con sus hermanos sacerdotes y con sus fieles en el seno de su Iglesia particular; con sus hermanos Obispos en el seno de la Conferencia Episcopal y en la Iglesia Universal; con el Sucesor del Apóstol Pedro y con su ministerio al servicio de la catolicidad;

— “perfeccionador” de sus sacerdotes y personas consagradas, por su enseñanza y por el testimonio de su vida, y dispensador de los misterios de santificación, a través de los sacramentos, para todos los fieles, sin discriminación;

— pastor y guía del pueblo a él confiado, por los caminos de la vida y en medio de las realidades del mundo, rumbo a la Salvación;

— padre espiritual para todos, especialmente para los más necesitados de orientación y ayuda, de defensa y protección.

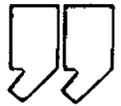
LA TEOLOGIA DE LA LIBERACION, UTIL Y NECESARIA

5. Teniendo ante la vista esas indeclinables exigencias de su servicio episcopal, Uds. se han venido esforzando, sobre todo en los últimos años, por encontrar respuestas adecuadas a los desafíos anteriormente señalados, siempre presentes, ellos también, en su corazón. La Santa Sede no ha dejado de acompañarlos en estos esfuerzos, como hace con todas las Iglesias. Manifestación y prueba de la atención con la que acompaña estos esfuerzos, son los numerosos documentos publicados últimamente, entre los cuales las dos recientes Instrucciones emanadas de la Congregación para la Doctrina de la Fe, con mi explícita aprobación: una, sobre algunos aspectos de la teología de la liberación (*Libertatis nuntius*, del 6 de agosto de 1984); otra, sobre libertad cristiana y liberación (*Libertatis Conscientia*, del 22 de marzo de 1986). Estos últimos, dirigidos a la Iglesia Universal, tienen, para el Brasil, una innegable relevancia pastoral.

En la medida en que se empeña en encontrar respuestas justas —penetradas de comprensión— para con la rica experiencia de la Iglesia de este País, tan eficaces y constructivas como sea posible y al mismo tiempo consonantes y coherentes con las enseñanzas del Evangelio, de la Tradición viva y del constante Magisterio de la Iglesia— estamos convencidos,



Que este Espíritu nos haga vigilantes Pastores de las queridas Comunidades eclesiales del Brasil y ministros de salvación para toda la comunidad humana brasileña.



nosotros y Uds., de que la Teología de la Liberación es no sólo oportuna sino útil y necesaria. Ella debe constituir una nueva etapa —en estrecha conexión con las anteriores— de aquella reflexión teológica iniciada con la Tradición apostólica y continuada con los grandes Padres y Doctores, con el Magisterio ordinario y extraordinario y, en la época más reciente, con el rico patrimonio de la Doctrina Social de la Iglesia, expresada en los documentos que van desde la *Rerum novarum* hasta la *Laborem exercens*.

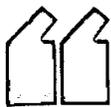
Pienso que en este campo, la Iglesia en el Brasil podrá desempeñar un papel importante y delicado al mismo tiempo: el de crear un espacio y unas condiciones para que se desarrolle, en perfecta sintonía con la fecunda doctrina contenida en las dos citadas Instrucciones, una reflexión teológica plenamente adherida a la constante enseñanza de la Iglesia en materia social y, al mismo tiempo, apta para inspirar una praxis eficaz en favor de la justicia social y de la equidad, de la salvaguarda de los derechos humanos, de la construcción de una sociedad humana basada en la fraternidad y en la concordia, en la verdad y en la caridad. De este modo se podría romper la pretendida fatalidad de los dos sistemas —incapaces el uno y el otro de asegurar la liberación traída por Jesucristo— el capitalismo desenfundado y el colectivismo o capitalismo de Estado. (Cf. *Libertatis conscientia*, nn. 10 y 13). Tal papel, si se cumple, será ciertamente un servicio que la Iglesia puede prestar al País y al cuasi-Continente latino-americano, así como también a otras muchas regiones del mundo donde los mismos desafíos se presentan con análoga gravedad.

Para cumplir ese papel es insustituible la sabia y valiente acción de los pastores, esto es, de Uds. Dios les ayude a velar incesantemente para que aquella correcta y necesaria teología de la liberación se desarrolle en Brasil y en América Latina, de modo homogéneo y no heterogéneo con relación a la teología de todos los tiempos, en total fidelidad a la doctrina de la Iglesia, atenta a un amor preferencial, no excluyente ni exclusivo, para con los pobres.

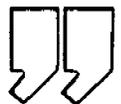
LIBERACION INTEGRAL

6. En este punto es indispensable tener presente la importante reflexión de la Instrucción *Libertatis conscientia* (nn 23 y 71) sobre las dos dimensiones constitutivas de la liberación conforme a la concepción cristiana:

Tanto a nivel de la reflexión como en su praxis, la liberación es, ante todo, soteriológica (un aspecto de la Salvación realizada por Jesucristo, hijo de Dios) y después ético-social (o ético-política). Reducir una dimensión a otra —suprimiendo prácticamente ambas— o anteponer la segunda a la primera, es subvertir y desnaturalizar la verdadera liberación cristiana.



Pienso que en este campo, la Iglesia en el Brasil podrá desempeñar un papel importante y delicado al mismo tiempo: el de crear un espacio y unas condiciones para que se desarrolle, en perfecta sintonía con la fecunda doctrina contenida en las dos citadas Instrucciones, una reflexión teológica plenamente adherida a la constante enseñanza de la Iglesia en materia social y, al mismo tiempo, apta para inspirar una praxis eficaz en favor de la justicia social.



Es deber de los Pastores, por lo tanto, anunciar a todos los hombres, sin ambigüedades, el misterio de liberación que se encierra en la Cruz y en la Resurrección de Cristo. La Iglesia de Jesús, en nuestros días como en todos los tiempos, en el Brasil como en cualquier parte del mundo, conoce una sola sabiduría y un sólo poder: el de la Cruz que lleva a la Resurrección (cf. 1 Cor 2, 1-5; Gal 6,14). Los pobres de este País, que tienen en Uds. sus Pastores, los pobres de este Continente son los primeros en sentir urgente necesidad de este evangelio de liberación radical e integral. Ocultarlo sería defraudarlos y desilusionarlos.

Por otro lado, Uds. —y con Uds. toda la Iglesia en el Brasil— se muestran prontos a emprender, en su sector propio y en la línea del propio carisma, todo aquello que deriva, como consecuencia, de la liberación soteriológica. Es, además, lo que la Iglesia desde su inicio siempre buscó hacer por medio de sus santos, sus maestros y sus pastores y por medio de sus fieles comprometidos en las realidades temporales.

Permítanme, Hermanos en el episcopado, que, con toda confianza, les invite a una tarea menos visible, pero de alta relevancia, además de profundamente conectada con nuestra función episcopal: la de educar para la liberación, educando para la libertad (cf. Libertatis conscientia, nn. 80, 81 y 94). Educar para la libertad es infundir los criterios sin los que esa libertad se volvería una quimera, si no una peligrosa contradicción. Es ayudar a reconquistar la libertad perdida o a curar la libertad cuando está adulterada o corrompida. Educadores en la fe, como nos llama el Concilio Vaticano II, nuestra tarea consistirá también en educar para la libertad.

UNA NUEVA Y MAS PROFUNDA COLEGIALIDAD

7. Pongo ahora este mensaje en las manos de mi estimado Hermano Cardenal Bernardin Gantin, Prefecto de la Congregación que, en la Curia Romana, se dedica, con ejemplar disponibilidad, a asistir a todos los Obispos en su ministerio a las Iglesias y a colaborar con el Obispo de Roma en su función de "confirmar a los hermanos". Invitado por Uds. a animar un día de retiro espiritual, en el marco de la Asamblea General de esa Conferencia Episcopal, él tendrá la bondad de decirles, de viva voz y con el calor de su presencia, con qué sentimientos de sincero aprecio y fraternidad fue escrito este mensaje; con los mismos sentimientos que, de mi parte, inspiraron y animaron los encuentros tenidos durante la Vista "ad limina".

Evocando todavía en mi alma aquellos encuentros, de manera especial el Encuentro del 13 al 15 del mes de marzo próximo pasado, con algunos de Uds., me viene espontáneo el sentimiento de tener con Uds. una nueva y más profunda forma de colegialidad: después de esta Visita "ad limina", el Papa y sus colaboradores ciertamente conocen mejor esas rea-

lidades que son la Iglesia en el Brasil y su episcopado. Ellos esperan haberse vuelto también más y mejor conocidos.

Deseo permanecer en constante contacto con Uds. y participar, "in vinculo fraternitatis" (7), de todas las importantes y exigentes tareas de su trabajo pastoral; en contacto, especialmente, cuando esas tareas pesaran un poco más sobre sus hombros.

Por mi parte, ruego sus oraciones por mí, especialmente en la Eucaristía, para que el nombre de "servus servorum Dei", (8), dado por San Gregorio Magno a la misión pontificia, sea en mí una verdad.

En la persona del mismo Cardenal Gantin quiero estar reunido con Uds. a los pies de Nuestra Señora Aparecida. Permanezcamos todos juntos, en torno a la Madre del Sumo Sacerdote Jesucristo, la imagen de los Apóstoles, de quienes somos sucesores, congregados con María en la expectativa del don del Espíritu de verdad y de caridad. Que este Espíritu nos haga vigilantes Pastores de las queridas Comunidades eclesiales del Brasil y ministros de salvación para toda la comunidad humana brasileña.

Al término de este mensaje y en conclusión de la memorable Visita "ad limina", sólo me queda, queridos hermanos Obispos, impartirles, como lo hago con placer, la Bendición Apostólica, prenda de las bendiciones divinas que imploro para sus personas y su ministerio episcopal. Comuníquenla, por su parte, a toda la Iglesia en el Brasil, destinataria también de este mensaje: a los sacerdotes, cooperadores del orden episcopal; a los diáconos permanentes, numerosos, dedicados, activos en varias de las diócesis de Uds.; a los seminaristas en el momento decisivo de su camino rumbo al presbiterado; a todas las personas consagradas, sean las entregadas a la oración, al silencio y a la penitencia, o las dedicadas a la educación, al servicio de los enfermos y de los pobres o a la multiforme obra de la evangelización; a los seglares comprometidos en los movimientos y asociaciones, en las comunidades eclesiales de base, en los ministerios extraordinarios y en los más diversificados servicios a la Iglesia; a los seglares comprometidos, como hijos de la Iglesia y en nombre de su fe, en las tareas temporales; a los seglares que, por algún motivo, están poco empeñados, para que se sientan estimulados a tomar su puesto en la Iglesia y en el mundo; a los apartados, para que vuelvan a la práctica de su vida cristiana y católica; a los que dudan y buscan el camino, para que no les falte la luz y la fuerza: a los jóvenes y a los niños, tan numerosos en su País y tan merecedores de solicitud, porque son la esperanza y el futuro de esa Nación y de la Iglesia y porque enfrentan tantos problemas y amenazas: a todos, en fin, especialmente a los pobres, a los que sufren y lloran, para que Dios sea todo en todos.

Vaticano, 9 de Abril de 1986
JUAN PABLO II

NOTAS

- (1) **La paz con Ustedes, alégrense!**
- (2) **Visita "ad limina"**, término técnico para designar la visita que cada cinco años deben hacer los Obispos de todo el mundo al Vaticano para dialogar con el Papa y sus organismos auxiliares sobre la vida de la Iglesia.
- (3) **El servicio de Pedro**, modo de designar el papel especial del Obispo de Roma respecto a todas las Iglesias, como cabeza, a la manera de San Pedro, del Colegio apostólico.
- (4) **Sentido de la fe del Pueblo de Dios**, término técnico para designar que la creencia común y constante de los fieles cristianos, es "norma" de la creencia de la Iglesia.
- (5) **Diálogo de salvación**, término técnico que presenta la obra de la

salvación como un diálogo, iniciativa libre y amorosa de Dios que se revela, al que el hombre responde con la entrega total, libre y confiada de su vida.

- (6) **Ministerio (o servicio) de salvación**, término técnico para designar la misión de la Iglesia, continuación de la de Cristo, de conducir a los hombres a la salvación divina, transcendente, sí, pero también temporal.
- (7) **En unión fraternal.**
- (8) **Siervo de los siervos de Dios.**

* Traducción del texto portugués, subtítulos y notas de la Redacción de SIC.